

## La teoría de Nasrudín<sup>1</sup> de la Neurosis<sup>2</sup>

Quiero pasar ahora al tema del vacío en una dimensión menos metafísica que cuando hablamos de meditación o de budismo. Me refiero a lo que a veces se llama “vacío existencial”. No se trata ya de ese vacío en que uno va a encontrar la respuesta a todas las cosas, esa zona indescriptible de la conciencia que es vacía cuando uno la mira “desde acá”, pero que en último término habrá de revelarse como el corazón luminoso de la realidad. Y sin embargo puede decirse que este vacío más accesible y menos misterioso es como una zona de paso hacia ese vacío que las tradiciones espirituales identifican con nuestra realidad más profunda.

Pero antes de invitarles a un examen fenomenológico de este vacío que casi todo el mundo conoce, quiero plantearles un tema íntimamente relacionado con él, al que, para entendernos, le he puesto el nombre de “ilusiones”. Quiero decir con esto: todas aquellas ideas que tenemos acerca de qué va a llenar nuestro vacío.

Perseguimos ciertas cosas porque creemos que van a llenar el vacío, y como estamos queriendo llenar nuestro vacío tan afanosamente con esto o con aquello, nos salimos de nosotros mismos, así como el que en un desierto se desvía de la ruta correcta al encaminarse hacia un espejismo. En otras palabras: persiguiendo ilusiones nos alejamos de nuestra realidad, enajenándonos más de lo que ya estábamos.

Acostumbro a llamar a esta visión de las cosas –que ahora les ofrezco como punto de apoyo a un examen introspectivo– con el nombre de “La teoría de Nasrudín de la neurosis”, para contrastarla implícitamente con la teoría de Freud.

Pero veo que no todos conocen a Nasrudín. Si no les he hablado de Nasrudín hasta ahora, he descuidado un importante asunto para la comprensión del legado sufi, y les recomiendo que lean el homenaje que le hace Gurdjieff al comienzo de su libro autobiográfico “Encuentros con hombres notables”. Allí, como también en su voluminoso libro anterior Todo y Todas las Cosas, se refiere a este sabio y divertido maestro de los Sufís (o de los Suffes, para hablar con más propiedad) como Nasr Eddin, pero prefiero usar el nombre “Nasrudín” como hace Idries Shah en los tres volúmenes que le ha dedicado a sus anécdotas –que son generalmente chistes con un significado sutil que sólo comprende quien ha alcanzado cierta profundidad en la comprensión de la vida.

Hablo de “La teoría de Nasrudín” por atribuírsela a alguien, ya que no he querido atribuírmela a mí mismo, pero también es cierto que no conozco a otro que la haya formulado. Sólo he evitado atribuírmela porque me parece que es algo que “los sabios que en el mundo han sido” siempre han sabido en forma implícita, aunque no se les haya ocurrido hablar de ello. En otras palabras: el que tiene ojos para ver, no puede dejar de estar de acuerdo –y no tanto conmigo como con la realidad misma– en que las cosas son así. Y a veces se encuentra uno con alusiones a esta visión de las cosas, como en la segunda parte de El Príncipe Idiota, donde escribe Dostoievsky que, si uno se siente insignificante, busca

---

<sup>1</sup> Legendario maestro sufi recordado especialmente en Persia y Turquía, al que se atribuyen muchos chistes de significado espiritual sutil.

<sup>2</sup> (Tercer módulo Programa SAT, mediados los 90)

llenarse con algo de fuera. Y el vacío existencial puede interpretarse en forma que ya implica alguna ilusión, como ocurre prácticamente en todos nosotros de forma implícita. Lacan, por ejemplo, habla mucho de “la falta”, que llega a constituir uno de los conceptos centrales de su versión del psicoanálisis. ¿Conocen ustedes esta idea suya? ¿Nadie de aquí habla el lacanés? Me extraña, porque hoy en día se habla mucho el lacanés en Barcelona –un lacanés importado de Argentina. Como Lacan quiere recuperar a Freud, interpreta la falta como resultado de la castración. Supone que es una falta de pene, y que ésta es intrínseca a la mujer desde el nacimiento –pues supone también como Freud que todas las mujeres sienten literalmente envidia del pene. Yo creo que Freud más bien sobregeneralizó a partir de algunas observaciones hechas en mujeres de carácter envidioso, y que se interesó desmedidamente en la envidia del pene, en vez de comprenderla únicamente como un aspecto de la envidia al hombre. Freud quería, naturalmente, insistir en su teoría sexual de la neurosis, y es fácil darse cuenta de que era un poco fanático en su manía teorizante, por mucho que fuese un genio y una de las grandes fuerzas transformadoras en la historia de occidente.

Personalmente, creo que es mucho más aceptable hablar de la castración en un sentido metafórico que literal, y me parece natural pensar que tanto la sensación de haber sido castrado como la falta nacen de la inhibición de nuestros deseos en el contexto de nuestra cultura y de nuestra educación; es decir, que algo nos falta simplemente porque no estamos viviendo nuestra vida, porque no estamos siendo quienes verdaderamente somos ni realizando nuestras potencialidades.

Pero conviene tener presente también otra perspectiva respecto a nuestro sentimiento carencial –aquella que nos dice que nuestro olvido de nosotros mismos no es más que eso: una enajenación o inconsciencia de algo omnipresente. Tal es la perspectiva del budismo, que nos recuerda que somos budas sin saberlo; o la del cristianismo, que nos habla del Cristo interior que desconocemos, y que afirma que cualquiera puede llegar al cielo en el momento de la muerte. El cielo está “at hand”, al alcance de la mano.

En un lenguaje menos poético y más científico podemos decir que lo que está a mano – porque no es otra cosa que lo que en el fondo somos, es la experiencia de ser. Aunque hablar del ser sea también (como hablar del cielo), una aproximación. (Y el lenguaje budista, como comentaba, ni siquiera quiere emplear la palabra “ser”, dada su insistencia en descartar todo concepto en referencia a la realidad profunda de la conciencia). Pero digamos aproximadamente que la llave de la vida y la llave a la satisfacción con nuestra vida es el ser. Por eso le atribuyo a Nasrudín mi interpretación favorita de la psicopatología –que he expuesto a través de las reflexiones sobre “psicodinámica existencial” en *Carácter y Neurosis-Una Visión Integradora*<sup>3</sup>. Pues Nasrudín busca la llave, y ya sabemos dónde.

¿Hay quiénes no saben dónde busca Nasrudín la llave? Según un chiste muy famoso, la busca debajo de un farol en la plaza del mercado. Un amigo se pone a ayudarle, de modo que ambos pasan un buen rato de rodillas antes de que al amigo se le ocurra preguntarle: “¿Estás seguro que la perdiste aquí?”; a lo que Nasrudín responde con toda naturalidad: “No, la he perdido en mi casa”. “Pero entonces ¿por qué la estamos buscando aquí?” –quiere saber el amigo– . “Porque aquí hay más luz”, le responde el clown magistral.

---

<sup>3</sup> Naranjo, Claudio. *Carácter y Neurosis. Una visión integradora*. Ediciones La Llave – D.H. Vitoria, 1996

Estamos buscando la llave no donde la perdimos verdaderamente, sino donde hay más luz. Estamos buscando el ser en un sitio equivocado. Lo buscamos donde nos han dicho que se encuentra, tal vez, o donde nos movemos con más claridad.

Pero la llave está “en casa”, es decir: en el fondo de nosotros mismos, en el fondo oscuro de la conciencia.

Y qué importante es no buscarla mal. ¿Acaso no se dice: “No busques fuera de ti mismo”? Cuando estoy en Vitoria me alojo en un piso frente a un parque en el que hay un monumento en que sólo penden de una piedra sobre el zócalo unas cadenas que no sujetan a nadie, sugiriendo que quien estuvo una vez amarrado con ellas logró liberarse y se marchó. Y una placa dice: “Busca dentro de ti mismo”.

Éste, es un mensaje omnipresente, y seguramente cada cultura tiene su versión del cuento del pájaro azul que el héroe de la aventura encuentra en su propio jardín después de haber buscado por el mundo entero. Recuerdo que en una ocasión, al terminar un taller que realizábamos conjuntamente en México, Jodorowsky me invitó a que terminara el encuentro con algún consejo a los participantes, y mis palabras fueron: “Hay que buscar, buscar y buscar, encarnizadamente, para poder llegar a darse cuenta de que uno tiene que volver a casa y encontrar lo que no necesitaba ser buscado”.

Es una grandísima paradoja de la vida ésta de que uno no se puede saltar la búsqueda, y que sólo después de haberse agotado la búsqueda puede uno saber que lo buscado es uno mismo. No sirve de nada decir “busca dentro de ti mismo” mientras uno no haya agotado la búsqueda en el país de los espejismos y de las ilusiones. Pero puede acelerarse el recorrido de este laberinto de espejismos con cierta comprensión que permita darse cuenta que las ilusiones son ilusiones, y que no hay mejor brújula que ese “punto cero” que es la experiencia del vacío.

En el centro vacío de nosotros mismos, donde buscamos infructuosamente nuestro ser, está la llave, pero, como Nasrudín, buscamos la conciencia de ser en algún lugar equivocado. Hay, por ejemplo, quien la busca a través del conocimiento. Ese fue mi caso, pues en mi juventud buscaba “la verdad” sin comprender la diferencia abismal entre la verdad del Ser –es decir de lo que por sí mismo es verdadero– y la verdad científica, que consiste en el acuerdo entre proposiciones y hechos, y se orienta hacia el conocimiento de las cosas. Así, en algún momento de la vida buscaba yo la piedra filosofal a través de la ciencia, y ello me llevó a la escuela de medicina –en la suposición de que a través del conocimiento de la biología (y luego de la neurofisiología) encontraría respuesta a mi sed. Pero era ésta una sed de lo que todos buscamos, sabiéndolo o no: una sed de ser.

Si unos se equivocan en la búsqueda del ser a través de la ciencia o la filosofía, no menos se equivocan quienes lo buscan a través del amor. Es otra “idea loca” esa de que a través del amor uno vaya a encontrar la evidencia vivencial de que uno existe. Tal vez no parezca tan loca, sin embargo: porque nos ha faltado amor, intuimos que nuestro malestar presente es eco de esa frustración pasada y pensamos que encontrando el amor encontraremos también el bálsamo que cerrará nuestra vieja herida. Pero no es así. Lo que ha ocurrido en realidad es que la falta de amor original nos ha desconectado del ser, y recibir amor no basta para que podamos encontrar el ser perdido. La falta de amor a uno lo ha desconectado de sí mismo y alejado de su camino, y aquello de lo que se trata ahora no es llenar la carencia amorosa ni

llorar por el pasado para que algún alma compasiva le de a uno eso que tanto le faltó (como hacen equivocadamente los depresivos y masoquistas envidiosos), sino volver a ponerse en el camino.

Si el error del esquizoide (E5) es una glorificación del conocimiento y el error de los sufridores y de los sufridos (o infrufribles) (E4) es una glorificación del amor, el error del histriónico (E2) suele ser que no se busca o espera el ser en recibir amor, sino en darlo. “Tengo tanto para dar”, “Necesito que me reciban el amor”, siente el orgulloso, y ello entraña también un supuesto erróneo acerca la realidad: que en ese acto de amorosa donación se va a encontrar con la llave perdida.

Para otros es el prestigio y el éxito lo que promete su satisfacción, lo que sólo puede dar la vivencia de la propia existencia. Y no buscaríamos tanto el éxito y el prestigio si la neurosis consistiera simplemente en una distorsión o “vicisitud de los instintos” como decía Freud. Lo cierto es que buscamos el amor que nos faltó, y a veces lo buscamos a través del aplauso, sin siquiera recordar que es amor lo que en primer lugar queríamos conseguir. Así es como el vanidoso (E3) se transforma en un instrumento de producción. “Quiéreme por lo que te ofrezco” o “Quiéreme por mi eficiencia” parece estar implícitamente diciendo.

Y podríamos darle la vuelta completa al eneagrama de los caracteres señalando ésta o aquella ilusión acerca de lo que permitirá el acceso al ser. Pero en vez de entretenernos con la forma cómo pretende llenar su vacío el perfeccionista con actos virtuosos o cómo el lujurioso confunde su sed de ser con apetitos sensoriales a través de cuya satisfacción intensa procura “sentirse vivo”, confío en que dentro de poco la variedad de las ilusiones se hará aparente cuando el grupo comparta el resultado de su auto-examen.

Creo que queda ya clara la idea de que vivimos confundidos respecto a un asunto fundamental, y que debe llegar un momento en que uno descubra su confusión entre el ser y las apariencias. Descubre uno la ilusión en virtud de la cual uno cree que eso que busca –que es una sed metafísica– puede encontrarse en tales cosas como la eficiencia, el aplauso, el cumplimiento del deber o el placer.

En los evangelios se relata cómo Jesús le ofrece a una buena mujer un agua que calmará su sed, en alusión explícita, naturalmente, a esa otra “agua” que promete satisfacernos pero no la calma. Esa agua que no calma nuestra sed es la que busca cada cual en su espejismo favorito. Y es claro que las necesidades neuróticas son insaciables.

Si encuentras la gloria que persigues, por ejemplo, buscarás enseguida una gloria mayor. Así le ocurrió a Napoleón, que fue un orgulloso social. Ambicionó más y más, insaciablemente – hasta la catástrofe. Pero hay un agua de otro tipo, que va a calmar nuestra sed, y ella no es otra cosa que el Ser –el contacto con el fondo de nuestra conciencia, con la conciencia básica o fundamental que subyace a los fenómenos mentales específicos.

Pero quiero dejarles con la idea de que es justamente a través del buscar en un sentido equivocado y de las creencias erróneas respecto a dónde se encontrará la satisfacción –sea en el aplauso o en la comodidad o en el confundirse con otro y ser simbióticamente a través de otro...– como uno perpetúa la enajenación, y que si uno se quedara en el vacío –es decir, si uno se quedara allí donde se encuentra cara a cara, no con el ser sino con su ausencia– si uno no le tuviera tanto horror al vacío, este vacío poco a poco se empezaría a llenar.

Si uno se hace amigo del vacío, empieza a crecer en él; o, dicho de otra manera: si podemos tolerar nuestra sed de ser en vez de perseguir calmarla a través de los “sustitutos del ser” acostumbrados, nuestro vacío empezará a llenarse poco a poco. Es algo como un volver al vientre, ese vacío, porque se va produciendo una gestación precisamente durante los ratos en que no nos encontramos a nosotros mismos. Es decir, si uno se queda allí donde no hay nada— si uno se queda sin pensamiento en esa quietud— tal vez se encuentre con que la tentación de salir sea muy grande, o el aburrimiento raye en lo intolerable. Pero si uno lo logra, pese a que la desazón o la voracidad frustrada le hagan sentir a uno que está perdiendo el tiempo, en verdad está trabajando por su liberación respecto a sus ilusiones y avanzando hacia la conciencia profunda —que es al comienzo como un pequeño embrión al que hay que alimentar antes de que pueda alcanzar conciencia de sí mismo.

En el curso de la vida ordinaria el vacío es muy molesto, y está muy “desprestigiado”. Hay que empezar a darse cuenta de que no sólo uno crece a través de hacerse amigo de él y de soportarlo —del no pelearse con él ni tratar de rellenarlo con otra cosa—, sino que se transforma en el combustible principal de la búsqueda.

Normalmente estamos llenando nuestra sed de ser con toda clase de sustitutos sin darnos cuenta. Lo que nos mueve a todos —todos los tipos de ego, desde las patologías más groseras a las más sutiles— es lo mismo: es el querer rellenar ese vacío, mal interpretando en ello nuestra búsqueda del ser. Lo que mueve al adicto alcohólico y lo que mueve al asesino, lo que mueve al ladrón nocturno o lo que mueve al necesitado de afecto, es todo lo mismo, una misma sed mal entendida de diversas maneras. Una única búsqueda nos mueve a todos; pero es importante que lleguemos a entender su meollo.

Hay un cuento sufi acerca de cuatro compañeros de viaje a quienes quedaba una sola moneda y discutían en qué la iban a gastar. Uno de ellos era un árabe, e insistía en su deseo de inab, otro era griego y quería stafil, otro turco, y su preferencia era por algo de uzum, y otro un persa que quería angur. Cuando están ahí discutiendo encarnizadamente, se encuentran con alguien que les dice: “Yo les resuelvo todo. Si ustedes me dan la moneda, les compro lo que cada uno quiere”. Y, claro, al comienzo no tuvieron mucha confianza en este intérprete de sus deseos. Pero al fin deciden darle la moneda, y el desconocido les compra un ramo de uvas. Quedan felices: el árabe dice “Aquí está mi inab”, el griego está muy contento con su stafil, el turco con su uzum, y el persa con su angur. Porque, como se puede haber imaginado, todos querían uvas, sólo que las llamaban de distinta manera según sus diferentes lenguas, y sólo el hombre de conocimiento —el sufi de la historia— supo reconocer la sed metafísica, sed de ser o sed de lo divino más allá de sus diversas interpretaciones —esa sed que se traduce de forma diferente en los distintos lenguajes psicológicos de los diversos caracteres, las diversas experiencias de la vida y los diversos niveles de experiencia de la gente.

Y si uno, en vez de rellenar automáticamente su vacío, sino elevándose por encima del nivel acostumbrado de automatismo en el que ya está estirando la mano para coger el próximo cigarro (por ejemplo, y así, sin darse cuenta cómo, calmar su oralidad metafísica con una oralidad física), simplemente toma conciencia de su sed de ser, el resultado es diferente. Si uno se permite simplemente sufrir ese momento de vacío interno, la capacidad de vivirlo y tolerarlo le traerá con el tiempo algo mejor que sus ilusiones. Por más que uno no tenga acceso al “relleno supremo”, cual es el centro de la propia conciencia, resulta que su anhelo se transforma en las cosas que uno razonablemente puede hacer para encaminarse a ésta. A través de todo tipo de ejercicios espirituales, especialmente a través de la meditación, uno va

transformando sus adicciones egoicas en adicción al camino, es decir en el interés por vivir un poco mejor, la motivación de realizar trabajos en la vida corriente que vayan acelerando el cambio. De modo que uno que tras fuertes embates contra su ego ha entrado en ese “limbo” de desánimo en que un mundo ha quedado atrás y aún no emerge una nueva vida, puede transformar su mismo desánimo en camino y hasta en vehículo.

Buscamos el ser allí donde nos parece que lo encontraremos, y así nos alejamos de dónde está; pero si, resistiéndonos a la tentación de tales espejismos, logramos permanecer allí donde se sufre la ausencia de ser, ello permite que poco a poco tenga lugar en nosotros una especie de “engorde” existencial. La cosa es, entonces, desprenderse del chupete óptico –o simulacro de la experiencia de ser– para poder llegar a ser de verdad. Lo que no es otra cosa que decir que para alcanzar la verdadera vida hay que atreverse a perderla.